

yo, tus pensamientos tan nobles y tan hermosos iban á reflejarse en mi espíritu. Decirte que no he llorado al recibir estas líneas tan impacientemente esperadas, sería mentir; pero he visto con una dicha inmensa que te has dominado. Eres tan valiente que nos sostienes á todos. Tu ejemplo nos fortalece en la tarea que nos hemos impuesto...

Me he conmovido hasta el fondo de las entrañas al leer la carta que has escrito á nuestro Pedro; él estaba encantado, y su carita se ilumina cuando le releo tus líneas, que sabe de memoria. Cuando habla de tí, pone todo su ardor en sus frases.

Paris 10 julio 1896.

Quiero todavía recomendarte paciencia y ánimo; con una gran voluntad, mucha energía, allanaremos todas las dificultades, llegaremos á esclarecer este horrendo misterio que nos ha afectado tan profundamente. Es mi objeto, mi único deseo, mi idea fija, la de Mateo, la de todos, proporcionarte la suprema dicha de ver brillar tu inocencia á la luz del día. Quiero llegar á desenmascarar á los culpables de una semejante infamia, de una monstruosidad sin ejemplo. A no ser nosotros mismos la víctima de un crimen tan horrible, yo no admitiría que puedan existir hombres tan bajos, tan cobardes, tan perversos, para arrancar el honor de una familia tan orgullosa de conservarlo intacto, para dejar condenar á un oficial irreprochable, sin que su conciencia, en el momento decisivo, no les arranque la confesión del crimen.

CONTINUACIÓN DE MI DIARIO

22 septiembre 1895.

Palpitaciones del corazón toda la noche anterior. Por este motivo he despertado con mucha fatiga.

Verdaderamente el espíritu se queda perplejo delante de hechos tales.

Condenado por una prueba de escritura, hará bien pronto un año que pido justicia, y esta justicia que yo reclamo, no es una discusión sobre el carácter de letra, sino la busca, el descubrimiento del miserable que ha escrito esa carte infame. El gobierno posee todos los medios para esto. No estamos en presencia de un crimen vulgar, donde no se conocen defensores ni móviles. Las entradas y salidas se conocen, de manera que la luz puede sea hecha cuando se tenga á bien hacerla.

Por otra parte, el medio poco me importa.

Allí donde mi espíritu y mi razón se pierden, es en que no se haya hecho aún esa luz, en que no se haya aclarado ese horrible drama.

¡Ah! ¡Esa justicia que pido, me la deben por mis hijos, por los míos, y yo permaneceré de pie, hasta mi último aliento, por horrible que sea mi suplicio, para reclamarlo!

¡Pero qué vida para un hombre que no coloca el honor de nadie por encima del suyo!

¡La muerte ciertamente hubiera sido un beneficio! Ni aún tengo el derecho de pensar en ella.

27 septiembre 1895.

Semejante suplicio acaba por exceder el límite de las fuerzas humanas. Es renovar cada día las angustias de la agonía, es hacer descender vivo á un inocente dentro de la tumba. ¡Ah! ¡Dejo sus conciencias como jueces á los que me han hecho condenar por una simple prueba escrita, sin pruebas tangibles, sin testimonios, sin móviles para hacer concebir un hecho tan infame!

¡Si al menos, después de mi condenación, como se me ha prometido en nombre del ministro de la Guerra, se hubieran continuado resueltamente, activamente las investigaciones para desenmascarar al culpable!

Y después, existe la vía diplomática.

Un gobierno tiene todos los medios necesarios para esclarecer un misterio semejante: es un deber estricto y absoluto.

¡Ah, la humanidad, con sus pasiones y sus odios, con sus falsedades morales!

¡Ah, los hombres, con los intereses personales que les guían! ¡Poco les importa lo demás!

¡Justicia! Eso es bueno cuando se tiene tiempo, cuando no molesta ó perjudica á nadie!

A veces me siento de tal manera descorazonado, tan rendido, que me entran ganas de tenderme, de dejarme ir y de terminar así con la vida, sin fijarme en ello, pues ese derecho, ¡ay de mí! no lo tengo, no lo tendré jamás.

Este suplicio se hace demasiado horrible.

Es necesario que esto concluya. Es preciso que

mi esposa haga oír mi voz, la voz de los inocentes que piden justicia.

Si no tuviese más que mi vida que defender, no lucharía clertamente así; pero vivo por mi honor y lucharé palmo á palmo.

Las penas del cuerpo no son nada; las del alma son atroces.

29 septiembre 1895.

Violentas palpitations del corazón esta mañana. Me ahogaba. La máquina lucha: ¿cuánto tiempo durará esta?

La pasada noche también tuve una terrible pesadilla durante la cual te llamé á gritos, mi pobre y querida Lucía.

¡Ah! Si sólo se tratase de mí, mi repugnancia por los hombres y las cosas es de tal modo profunda, que no más aspiraría al gran reposo, al reposo eterno.

1.º octubre 1895.

No sé cómo traducir mis sensaciones. Las horas me parecen siglos.

5 octubre 1895.

He recibido dos cartas de mi familia. Nada todavía. Se eleva de todas estas cartas un tal grito de agonía, tal grito de sufrimiento, que todo mi sér ha sufrido un profundo sacudimiento.

Así, acabo de dirigir la siguiente carta al señor presidente de la República:

«Acusado, condenado después por una prueba de escritura, por el crimen más infame que un soldado pueda cometer, he declarado y declaro aún que no he escrito la carta que se me imputa, que no he cometido jamás delito contra el honor.

»Desde hace un año, lucho, solo con mi conciencia, contra la fatalidad más espantosa que pueda encarnizarse con un hombre.

»No hablo de los sufrimientos físicos, pues éstos no suponen nada; las penas del corazón lo son todo.

»Sufrir así es ya horrible, pero sentir sufrir á los suyos en torno de sí, es más horrible aún. Es la agonía de toda una familia por un crimen abominable que jamás he cometido.

»No acudo á pedir gracias ni favores, ni convicciones morales; pido, suplico que se haga plena luz, entera, sobre esta maquinación de que mi familia y yo somos las desgraciadas víctimas.

»Si yo he vivido, señor Presidente, si llego á vivir aún, es porque el sagrado deber que tengo que cumplir para con mi familia, llena mi alma y la domina; de otro modo ya hubiera sucumbido bajo el peso de un fardo demasiado pesado para humanas espaldas.

»En nombre de mi honor, manchado por un error espantoso, en nombre de mi mujer, en nombre de mis hijos—¡oh señor Presidente! nada más que á este último pensamiento mi corazón de padre, de francés, de hombre honrado, ruge y da alaridos de dolor—pido á V. justicia, y esta justicia por la cual le solicito, con toda mi alma, con todas las fuerzas de mi corazón, las manos juntas en una suprema plegaria, es la de que se haga luz sobre esta

trágica historia, la de hacer cesar este intolerable martirio de un soldado y de una familia para los cuales el honor lo es todo.»

Escribí también á Lucía diciéndola que obrase por su cuenta enérgica y resueltamente, pues este martirio acabaría por doblegarnos á todos.

Se me dice que pienso más en los padecimientos de los otros que en los míos propios. ¡Ah, sí! Si yo estuviese solo en el mundo, si me inclinase á no pensar sino en mí, haría mucho tiempo que mi tumba estaría abierta.

Lo que me da precisamente fuerzas es el pensamiento de Lucía, el de mis hijos.

¡Ah, mis queridos hijos! Morir, poco me importa. Pero antes de morir, quiero saber que vuestro nombre está libre de toda mancha.

*
**

Algunos extractos de cartas de mi mujer, recibidas en octubre.

Paris, 4 agosto 1895.

No tengo paciencia para esperar tus cartas antes de escribirte, tengo necesidad de hablar un poco contigo, de acercarme á tu alma tan hermosa, tan probada, y de recibir de tí una nueva provisión de fuerza y de valor.

Paris, 12 agosto 1895.

Por fin recibo tus cartas, las leo, las releo, las devoro con una avidez insaciable.

¿Cuándo podré, con mi solicitud, con mi afecto, borrar completamente en tí el recuerdo de esos atroces días, de ese terrible año que ha surcado tu corazón con una herida tan profunda? Quisiera poder triplicar mis fuerzas para apresurar ese momento tan ansiosamente esperado y mostrar al mundo entero que estamos puros de ese lodo infame que nos han lanzado al rostro.

Paris, 19 agosto 1895.

Cuando quiero disminuir un poco el enervamiento de la expectación, cuando quiero atenuar mi fiebre de impaciencia, es yendo á tí del modo que recobro la calma, que adquiero nuevas fuerzas.

Lo que me apesadumbra es el pensar que solo, lejos de todos los que amas y te aman con todo su corazón, eres presa de una terrible impaciencia; torturas tu espíritu para aclarar ese misterio y tu pobre corazón tan bueno, tu conciencia tan recta, no pueden creer en tanta infamia...

LUCÍA.

CONTINUACIÓN DE MI DIARIO

6 octubre 1895.

Calor terrible. Las horas son de plomo.

14 octubre 1895.

Viento violentísimo. Es imposible salir. Día de una duración terrible.

26 octubre 1895.

No sé ya cómo vivo. Mi cerebro está triturado. ¡Ah! ¡Decir que no sufro más allá de toda expresión, que no aspiro con frecuencia al eterno reposo, que la lucha entre mi repugnancia por los hombres y las cosas, y mi deber, no es terrible, sería mentir.

Pero cada vez que desfallezo, en mis largas noches ó en mis días solitarios, cada vez que mi razón, agitada por tantos sacudimientos, se pregunta en fin cómo, después de una vida de trabajo, de honor, es posible que yo me encuentre aquí, y que entonces quisiera cerrar los ojos para no ver más, para no pensar más, para no sufrir más, en fin, me yergo por un violento esfuerzo de todo mi sér, y me grito á mí mismo: «Tú no estás solo, eres padre, debes defender tu honor, el de tu mujer, el de tus hijos!» y vuelvo á caminar con un nuevo arranque, para caer ¡ay de mí! y levantarme nuevamente.

Hé aquí mi vida de todos los días.

30 octubre 1895.

Espasmos violentos del corazón.

Tiempo pesado que abate toda energía. Tiempo de transición, antes de la estación de las lluvias, la peor estación en la Guayana. ¿Me arrojará definitivamente al suelo?

Noche del 2 al 3 de Noviembre 1895.

El correo de Cayena ha llegado, pero sin cartas para mí.

Creo que es imposible figurarse la decepción punzante que se experimenta, cuando, después de haber esperado un interminable mes, ansiosamente, noticias de los suyos, no viene nada.

En fin, han entrado tantos dolores en mi alma desde hace un año, que ya no me paro á contar herida más ó menos.

Sin embargo, esta emoción, que ya debía conocer, pues se ha renovado con tanta frecuencia, me ha quebrantado tanto, que aun cuando me he levantado á las cinco y media, aun cuando haya caminado más de seis horas para fatigar mis nervios me es imposible dormir.

¡Qué suplicio! ¡Cuánto tiempo durará todavía!

4 Noviembre 1895.

Calor terrible, lo menos de 45 grados.

Nada de más deprimente, nada que gaste tanto las energías del corazón y del alma, como esos largos silencios angustiosos, sin oír jamás una palabra humana, sin ver un rostro amigo ó solamente simpático.

7 Noviembre 1895.

¿Qué habrá sido de las cartas que me han dirigido? ¿Dónde estarán detenidas? ¿Se habrán que dado en París ó en Cayena? Estas son las angustiosas preguntas que me estoy haciendo todo el día.

Me pregunto también frecuentemente si estoy soñando ó despierto, tan increíble, tan fuera de imaginación es todo cuanto pasa hace un año.

Haber abandonado su país, la Alsacia, haber dejado una posición independiente en medio de los suyos, haber servido á la patria con todo el corazón, con toda la inteligencia, para verse el día menos pensado, acusado, condenado luego por un crimen tan infame como odioso, bajo la fé de una carta sospechosa... ¿no es lo bastante para desmoralizar á un hombre para siempre?

Pero estoy obligado á resistir, á luchar, por mi querida Lucía, por mis hijos.

9 noviembre 1895.

Día terriblemente largo. Primeras lluvias. Obligado á confinarme en mi barracón. Nada para leer. Los libros anunciados en la carta del mes de agosto, no han llegado.

15 noviembre 1895.

Por fin he recibido mi correo. El culpable no ha sido descubierto aún.

En fin, iré hasta el cabo de mis fuerzas, que declinan de día en día; ee una lucha incesante para poder resistir á este aislamiento profundo, á este silencio perpetuo, bajo un clima que abate toda energía, no teniendo nada que hacer, nada que leer, siempre frente á mis tristes y crueles pensamientos.

**

Algunos extractos de las cartas de mi mujer, que recibí el 15 noviembre de 1895.

Paris, 5 septiembre 1895.

¡Qué horas tan largas, qué días tan penosos hemos atravesado desde el día en que la desgracia vino á aterrarnos como una mazada! Esperemos haber sufrido lo más duro de nuestro calvario; hemos atravesado las más atroces angustias hemos encontrado en nuestra conciencia la fuerza para soportar el más penoso de los martirios. ¡Dios, que nos ha probado tan cruelmente, nos dará la voluntad para cumplir nuestro deber hasta el fin...

Comprendo tus amarguras y las comparto contigo; como tú, tengo momentos terribles en que mi paciencia desaparece, tan largo encuentro el tiempo y las horas de espera; pero entonces pienso en tí, en el hermoso ejemplo de voluntad y de valor que me das y saco nuevas fuerzas de tu amor...

Paris, 25 septiembre 1895.

Es la última carta que te escribo antes de expedirte este correo; hago votos ardientes porque te encuentre en buena salud, siempre fuerte y animoso; no puedo ir á reunirme contigo, pues no tengo aún la autorización. Esta expectación es muy cruel para mí, y una amarga decepción que añadir á tantas otras...

LUCÍA.

Al pie de esta carta, se encontraban las siguientes líneas de mi hermano Mateo:

He recibido tu gratísima, mi querido hermano, y me consuela y reconforta grandemente el verte tan fuerte y animoso. Esto no obstante, quiero decirte: ¡ten fé, ten confianza! Es imposible que un inocente pague por un culpable.

No hay día que no esté contigo con el pensamiento y con el corazón.

MATEO.

CONTINUACIÓN DE MI DIARIO

30 noviembre 1895.

No quiero hablar de las molestias cotidianas, pues las desprecio. Es suficiente que pida cualquier cosa insignificante, de uso vulgar, al vigilante jefe, para ver negada mi petición. Así no insisto en pedir nada, prefiriendo pasarme sin ello antes que humillarme á nadie.

Pero mi razón acabará por zozobrar bajo este increíble martirio.

3 diciembre 1895.

No he recibido aun mi correspondencia del mes de octubre. Día lúgubre, de incesante lluvia. El cerebro estalla, el corazón se parte.

El cielo está negro como la tinta, la atmósfera brumosa; verdadero día de muerte, de enterramiento.

¡Con cuánta frecuencia me viene al espíritu esta exclamación de Schopenhauer, que, á la vista de las iniquidades humanas, profería:

«Si Dios ha creado el mundo, yo no quisiera ser Dios».

El correo procedente de Cayena ha llegado según parece, pero no me trae cartas. ¡Cuántos dolores!

Nada para leer, nada para escapar á mis pensamientos. No llegan á mis manos ni libros ni revistas.

Camino durante el día hasta agotar mis fuerzas, para calmar mi cerebro, para acallar mis nervios.

5 diciembre 1895.

Verdaderamente me pregunto lo que valen las conciencias de hoy.

¡Decir que hay hombres que se llaman honrados, como el llamado Bertillon, que se han atrevido á jurar, sin restricción, que desde el momento en que se parecía á mi letra, nadie sino yo podía haber escrito esa infame carta! Pruebas morales ú otras, poco les importa.

¡Ah! Espero que el día en que el verdadero culpable sea desenmascarado, si les queda un poco de corazón á esos hombres, encontrarán todavía una bala que dispararse en la cabeza, para hacerse justicia á sí mismos por haber hecho sufrir semejante martirio á un hombre, á toda una familia.

7 diciembre 1895.

¡Ah! A veces creo que ya tengo bastante de esta vida de continuo recelo, de vigilancia incesante, de día y de noche, tratado á la manera de las fieras, como el peor de los criminales.

8 diciembre 1895.

Las neuralgias de la cabeza aumentan de día en día y me hacen sufrir atrozmente. ¡Qué martirio de todas las horas, de todos los minutos!

Y siempre este silencio de tumba, sin oír una voz humana.

Una palabra simpática, una mirada amiga aportan algunas veces un ligero bálsamo á las más crueles heridas y adormecen por algún tiempo los agudos dolores. Aquí nada.

9 diciembre 1895.

¡Siempre sin cartas! Tal vez han quedado en Cayena, donde las entretienen una quincena de días. El correo procedente de Francia pasó ante mi vista el 29 noviembre y desde aquel día las cartas deben de estar en Cayena.

Del mismo día, 6 tarde.

El segundo correo, que viene de Cayena, ha llegado hoy á la una de la tarde. ¿Me trae esta vez mi correspondencia y qué noticias vendrán en ella?

11 diciembre, 6 de la tarde.

¡Sin cartas! Mi corazón está roto, desgarrado.

12 diciembre 1895, mañana.

Mi correo no ha llegado, en efecto. ¿Dónde se ha

quedado? He hecho telegrafiar á Cayena preguntando.

El mismo dia, por la tarde.

¡Mis cartas se han quedado en Francia! Mi corazón me hace sufrir como si lo hiriesen á puñaladas.

¡Oh! ¡Ese incesante lamento del mar! ¡Qué eco para mi alma lacerada!

A veces invade mi corazón una cólera tan sorda y tan áspera contra la iniquidad humana, que quisiera arrancarme la piel para olvidar, con un dolor físico, esta horrible tortura moral.

13 diciembre 1895.

Se acabará, ciertamente, por matarme á fuerza de sufrimientos ó por obligarme á que me mate para escapar á la locura. Legaré el oprobio de mi muerte al comandante du Paty, á Bertillón, á todos los que han intervenido en esta iniquidad.

Todas las noches sueño con mi mujer, con mis hijos. Pero ¡qué terribles sueños! Cuando entreabro los ojos, y me veo en esta choza, experimento un momento tan horrible de angustia, que quisiera cerrar los ojos para siempre, para no ver ya, para no pensar más.

Noche.

Violentos espasmos del corazón; numerosos ataques de sofocación.

14 diciembre 1895.

He pedido permiso para tomar un baño, para el

que he sido autorizado por prescripción del médico. «No», me ha respondido el vigilante jefe. Algunos instantes después ha ido él mismo á tomarlo. No sé por qué me rebajo á pedirle nada. Hasta hoy no había insistido en ninguna petición; desde hoy no haré ninguna.

16 diciembre 1895.

Desde las diez de la mañana á las tres de la tarde, las horas son terribles y nada puede distraerme de mis sombríos pensamientos.

18 diciembre 1895.

¡Querido Pedrin, querida Juanita, mi amada Lucía... cómo os veo á los tres con el pensamiento, cuánta fuerza me da vuestro recuerdo para sufrirlo todo, para soportarlo todo!

20 diciembre 1895.

No se me dispensa de ninguna humillación. Cuando recibo la ropa blanca, que se me lava en la isla Real, la despliegan, la inspeccionan detenidamente y luego me la arrojan como á un vil criminal.

Cada vez que contemplo el mar me viene el recuerdo de los buenos y felices ratos que he pasado en él con mi mujer, con mis hijos. Me veo paseando á mi pequeño Pedro por la playa, jugando y correteando con él, forjando hermosos proyectos para su porvenir.

Luego vuelvo á la horrible situación presente, la

infamia echada á mi nombre, sobre el de mis hijos; mis ojos se enturbian, la sangre afluye á mi cerebro, el corazón late hasta romperse, la indignación se apodera de todo mi sér. Es necesario que se haga la luz, que la verdad sea descubierta, cualquiera que sea nuestro suplicio.

22 diciembre 1895.

Sin noticias aun de los niños. El silencio de una tumba. ¡Qué noche mas espantosa acabo de pasar! Esas idas y venidas durante la noche, de los vigilantes, las luces que pasan y repasan, alimentan mis pesadillas.

25 diciembre 1895.

¡Ay de mí! Todavía lo mismo, nada de cartas.

El correo inglés pasó hace dos días; mis cartas no deben haber llegado aun pues supongo que, de otro modo, me las hubieaan enviado; ¿qué pensar, qué creer?

La lluvia cae sin cesar.

En un intermedio salgo un poco para desentumecerme. Caen todavía algunas gotas. El jefe llega y dice al vigilante que me acompaña: «Es preciso no salir fuera cuando llueve». ¿En qué consigna está escrito eso? Pero desdeño responder, tan alto me coloco sobre esas pequeñeces, sobre esas mezquindades cotidianas.

Noche del 26 al 27 diciembre 1895.

Imposible dormir.

¿En qué pesadilla vivo hace quince meses y cuánto tendrá fin?

28 diciembre 1895.

¡Qué cansancio tan profunda! Mi cerebro está demenuzado. ¿Qué pasa? ¿Por qué no han llegado las cartas del mes de octubre? ¡Oh Lucía! ¡Si lees esas líneas, si sucumbo antes del término de este intolérable martirio, podrás apreciar cuánto he sufrido!

En los numerosos momentos en que desfallezco, en esta profunda repugnancia de todas las cosas, tres nombres que murmuro en voz baja me despiertan, me devuelven mi energía y me dan fuerzas siempre nuevas: Lucía, Pedro, Juana.

Mismo día 11 mañana.

Acabo de ver pasar el correo procedente de Francia. ¡Pero ¡ay de mí! mis cartas van primeramente á Cayena. En fin, espero que el primer correo que venga de Cayena me las traerá y que tendré por fin noticias de mi querida mujer, de mis hijos, de todos los míos; sabré si el enigma de este monstruoso asunto está resuelto, si entreveo por fin un término á este espantoso suplicio.

Domingo 29 diciembre 1895.

¡Qué buen día pasaba yo el domingo, en medio de los míos, jugando con mis hijos!

Mi Pedro tiene ahora cerca de cinco años, es casi un hombrecito. Esperaba con impaciencia este mo-

mento para llevarlo conmigo, hablar con él, abrir su joven inteligencia, darle el culto de lo bueno, de lo verdadero, hacerle un alma tan alta que las fealdades de la vida no pudieran manchársela... ¡dónde está todo eso y ese eterno por qué!

30 diciembre 1895.

La sangre me quema la piel, la fiebre me devora.
¿Cuándo acabará este suplicio?

Mismo día por la noche.

Mis nervios me hacen sufrir de tal modo que tengo miedo de acostarme. Este silencio de tumba, sin noticias de los míos desde hace tres meses, sin nada que leer, me aplasta.

Me es preciso reunir todas mis fuerzas para resistir todavía y siempre murmurar muy bajo esos tres nombres, mi talismán: Lucía, Pedro, Juana.

21 diciembre 1895.

¡Qué horrible noche! Los sueños más extraños, las pesadillas más absurdas, seguidas de un copioso sudor.

He visto llegar esta mañana, al romper el día, el vapor que viene de Cayena; desde esta mañana estoy sumido en una ansiedad extraña, preguntándome si por fin tendré noticias de los míos.

El corazón late hasta romperse en esta expectación angustiada.

1.º enero 1896.

Ayer, por fin, he recibido las cartas de octubre y de noviembre; todavía nada; la verdad no se ha descubierto aún.

¡Pero qué dolor le he causado á Lucía con mis últimas cartas; cómo le destrozo el alma con mi impaciencia, y la suya es no obstante tan grande como la mía!

*
*
*

Hé aquí algunos extractos de cartas de mi mujer que he recibido el 1.º enero de 1896:

Paris 10 octubre 1895.

Este correo, mi querido esposo, no me ha traído sino una carta tuya; la que me has escrito el 5 de agosto no ha llegado á mi poder; como siempre, esas queridas líneas escritas de tu mano, la única manifestación que tengo de tu existencia, vienen á confortarme, tu valor revive el mío, tu energía me da fuerzas para soportar la lucha...

Paris 15 octubre 1895.

Esta fecha me trae tan penosos recuerdos, que no puedo pasar un momento sin acordarme de tí. Esto me hace bien y creo que también te lo hago á tí. No quiero hablarte ya de esos horribles días que hemos soportado cada uno sufriendo por nuestro lado; vale más no pensar en eso, la herida está aún abierta y es inútil hacerla más dolorosa aún;